

La Madre

Aurora Ruá



Ilustraciones de Laia Ferraté

1

Nebu nunca olvidaría la primera vez que visitó la Academia. Su madre le acompañó hasta la entrada, una gran oquedad en la pared de roca, tras la que se adivinaba un espacio amplio y bien iluminado, y desde el que llegaba la algarabía de un montón de voces chillonas. Se sintió intimidado y aferró con fuerza la mano de su madre. No estaba acostumbrado a las multitudes. La Academia albergaba a casi un centenar de aprendices, de doce a dieciséis años, procedentes de los distintos sectores de la Colonia. Apenas había dormido las últimas noches a causa de la excitación. En la escuela elemental del maestro Croci, solo había convivido con una decena de niños, entre ellos su amigo Marduc y la hermana pequeña de este, Ayelén, por lo que la idea de tener tantos compañeros le producía una especie de vértigo, una sensación extraña que le cosquilleaba en las tripas.

La Academia, situada en el centro de la Colonia, era el punto de encuentro de los niños





una vez que terminaban su formación en las escuelas elementales. Los nacimientos eran cada vez más excepcionales, lo que había reducido el número de alumnos de forma drástica en las últimas generaciones, y tan solo los maestros más ancianos recordaban con nostalgia los años en que la Academia albergaba a cientos de niños que correteaban de aquí para allá e inundaban aulas y galerías con sus gritos y risas.

Pero, para Nebu, más de diez personas reunidas ya suponían una muchedumbre aterradora. Sentía el corazón latir con fuerza y gotas de sudor deslizándose por su espalda.

–Tú debes de ser Nebu –dijo un maestro saliendo a su encuentro.

–Sí, señor. Del Sector Cuatro, alumno del maestro Croci –contestó su madre.

–Me han hablado muy bien de ti –añadió el maestro–. Yo soy Samín y seré tu tutor durante los primeros cursos.

Nebu alzó la vista y observó el rostro anguloso de Samín, de pómulos marcados y nariz prominente. Pero se quedó con la boca abierta al descubrir, en la parte alta de su cabeza, una importante mata de cabello castaño.

–¿Qué te parece? –rio el maestro revolviéndose el pelo con la mano.

–¡Nebu! –le reprendió su madre, al tiempo que le daba un ligero tirón de la mano por su falta de discreción.

–No se preocupe –continuó Samín restando importancia al gesto de estupefacción de Nebu–, es lo habitual. ¿No habías visto nunca a alguien como yo, Nebu?

Nebu negó con la cabeza.

–Bueno, sí –recordó de pronto–. Una vez, hace tiempo, en el mercado de la Gran Caverna, vi a un hombre con pelo oscuro en la cabeza.

–Ya ves, Nebu, vestigios de tiempos pasados. Hace miles de años, cuando los hombres vivían en la superficie, era lo más natural tener pelo oscuro en la cabeza, en las extremidades y hasta en la propia cara. E incluso pelo rojizo, como el de un topo dorado. ¿Te lo imaginas? El pelo blanco, como el tuyo, como el de la mayoría, es el resultado de la evolución, de la adaptación al medio. Pronto lo trataremos en clase.

–¿Como las manos fuertes de los zapadores, los habitantes de la colonia del norte?

–Exactamente. Como las manos poderosas de los zapadores, que han llegado a tener esa

musculatura excepcional tras muchas generaciones excavando túneles y galerías con las propias manos. Anda, despídete de tu madre. Hoy comienza para ti una etapa emocionante: nuevos amigos y un montón de descubrimientos. No has de tener miedo; en poco tiempo haremos de ti un gran sabio –bromeó el maestro pasándole el brazo por encima del hombro y conduciéndole hacia el vestíbulo de la Academia.

–No sé si quiero ser «un gran sabio», maestro. El maestro Croci siempre dice que «el hombre sabio teme más que el ignorante».

Samín rio con ganas y se despidió de la madre con un gesto de la mano:

–Un gran sabio, el maestro Croci... Ven, vamos a buscar a tu amigo Marduc, que ya ha llegado. Os presentaré al resto de los compañeros de primer curso.

Samín le condujo hasta el aula a través de distintas galerías, tratando de apaciguar al sinfín de curiosos que los rodeaban preguntándole quién era. Nebu estaba abrumado, jamás había visto tantos niños reunidos. Entonces reparó en una niña de piel blanquísima y brillante que, desde un rincón, le observaba fijamente con ojos enormes. Nebu se fijó en sus manos y descubrió

una fina membrana translúcida que unía sus dedos. ¡Era una anura!¹ ¿Qué hacía una anura allí? Había visto anuras alguna vez en el mercado, pero no sabía que hubiese ninguno viviendo en la Colonia.

El maestro Samín tenía razón: iba a ser una etapa de grandes descubrimientos.

-
1. Anura: Nombre de la estirpe de los pobladores de los acuíferos, una raza humana evolucionada que, por habitar en el agua durante milenios, ha desarrollado cualidades anfibias. Se caracteriza por su piel blanca por la falta de pigmentación (al permanecer en la oscuridad la mayoría de los acuíferos), por sus dedos palmeados en manos y pies, para facilitar su desplazamiento en el agua, y por su respiración, tanto pulmonar como por agallas... (Fragmento extraído de la *Enciclopedia de la Colonia*).